

MANUEL ALVAR EZQUERRA (1950-2020)

Francisco Moreno Fernández

Universidad de Heidelberg

Universidad de Alcalá

francisco.moreno@uni-heidelberg.de

La biografía que James Lowell publicó en 1791 de Samuel Johnson, el más singular de los lexicógrafos, comenzaba con estas palabras:

Escribir la vida de aquel que [...], al considerar ya sea sus extraordinarias dotes, ya sus diversas obras, ha sido igualado por pocos en cualquier época, es una tarea ardua, que podría considerarse presuntuosa por mi parte.

La justificación que puedo alegar para el atrevimiento de reseñar los logros de Manuel Alvar Ezquerro se fundamenta, por un lado, en el encargo recibido de la *Revista de Filología Española*, con la que nuestro colega estuvo estrechamente vinculado; y, por otro, en la relación personal y profesional que a él me unía desde finales de los ochenta, relación sustanciada en una generosidad académica que él me brindó a cambio de nada y que otros muchos también conocieron de primera mano. No se espere, pues, de estas páginas un texto de estilo malkieliano, evidentemente, pero tampoco un canto a la amistad *ex abundantia cordis*, que no haría justicia a los muchos méritos de Alvar Ezquerro, todos ellos contantes y sonantes en el mundo de la Filología Española.

La lexicografía era el hábitat natural de Manuel Alvar Ezquerro, pues verdaderamente encarnaba su ‘alma’, en todas sus posibles manifestaciones. Porque, si el alma es amor y acción, como sostenía Johann Fichte, pocos lexicógrafos han puesto más amor (léase *atención, pasión, casi obsesión*) o desplegado más acción (léase *obras, proyectos*) en su labor lingüística. En realidad, nada del mundo de los diccionarios le era ajeno. Por eso Alvar Ezquerro, sin duda, se cuenta entre los mejores lexicógrafos hispánicos del siglo XX, al lado de Julio Casares, María Moliner y Manuel Seco, con la labor de Seco, aún activo, y del propio Alvar Ezquerro felizmente prolongada en la presente centuria.

El reloj de la historia quiso que estos grandes nombres del diccionario nacieran con una cadencia aproximada de un cuarto de siglo, hasta cubrir todo el XX: Casares en 1877; Moliner en 1900; Seco en 1928; Alvar Ezquerra en 1950. Todos ellos, por otro lado, han mostrado esenciales aspectos en común, más allá de su ‘alma’ lexicográfica. Uno de ellos es su aportación al desarrollo de la lexicografía hispánica mediante obras fundamentales, elaboradas y publicadas desde editoriales privadas. Casares aportó su *Diccionario ideológico de la lengua española* (1942), rompiendo con la tiranía del orden alfabético; Moliner aportó su *Diccionario de uso del español* (1970), sustituyendo el criterio de autoridad por el de la realidad del uso; Seco aportó su *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española* (1973) y, con Olimpia Andrés y Gabino Ramos, su *Diccionario del español actual* (1999), solventando la ‘erraticidad’ de las fuentes. Alvar Ezquerra, por su lado, aportó la incorporación de las técnicas informatizadas a la lexicografía, eludiendo la esclavitud de las papeletas y aplicándolas a una panoplia de diccionarios que ningún lexicógrafo ha desplegado hasta el momento y que probablemente nadie será capaz de desplegar en el futuro. No conozco lexicógrafos que incluyan en su currículum la dirección de un diccionario por la imagen (*The Oxford-Duden Pictorial Spanish-English Dictionary*, 2^a ed. 1995), de un diccionario ideológico (*Diccionario ideológico de la lengua española*, 1995), de un diccionario de aprendices de lengua (*Diccionario para la enseñanza de la lengua española*, 1995), de un diccionario general (*Diccionario General de la Lengua Española*, 1997), de un diccionario de neologismos (*Diccionario de voces de uso actual*, 1994; *Nuevo diccionario de voces de uso actual*, 2003), de otro de regionalismos (*Diccionario de madrileños*, 2011), de un tesoro léxico regional (*Tesoro léxico de las hablas andaluzas*, 2000) y de un tesoro lexicográfico histórico (*Nuevo tesoro lexicográfico del español (siglo XIV-1726)*, 2007), por mencionar solo algunas obras.

Aparte de sus excepcionales contribuciones, Alvar Ezquerra compartió con los otros tres pilares de la lexicografía hispánica rasgos diversos. Con Casares compartió el deseo por dignificar la lexicografía y el interés por trabajar de la idea a la palabra. Con Moliner, aragonesa como él, compartió la necesidad de escapar de los juicios y modelos de autoridades, aparte de la postergación de la Academia Española, que no les concedió la condición de numerarios. Con Seco, junto a la bonhomía, compartió el gusto por el rigor en la técnica lexicográfica y la reivindicación de su espacio teórico. No es casualidad, pues, que Alvar Ezquerra profesara una profunda admiración, casi veneración, por los colegas que le antecedieron en el calendario.

Manuel Alvar Ezquerra comenzó su formación como filólogo en la universidad de Granada y se doctoró en la Autónoma de Madrid en 1974. Seguidamente consiguió un segundo doctorado en la Universidad de París, donde tuvo oportunidad de trabajar con Bernard Quemada, inspiración constante y mentor en un mundo de diccionarios que Alvar Ezquerra nunca abandonaría. De ahí precisamente su *Proyecto de lexicografía española* (1976), primer libro en es-

pañol de la especialidad que, en su momento, resultó tan sugerente como desconcertante, por la revolución metodológica que proponía. Enseguida comenzó su carrera universitaria, jalona por su vinculación a las universidades de La Laguna (1977), Alicante (1980), Málaga (1980) y, entre 1996 y 2017, a la Complutense, donde continuó como profesor honorífico. Su afincamiento principal en España nunca le impidió ejercer la docencia ni practicar la investigación en otros lugares. Así, Alvar Ezquerra fue profesor en las universidades de Ruan, París III, Lovaina La Nueva, Bérgamo, Wisconsin y La Habana, al tiempo que invitado y conferenciente en numerosas universidades de todo el mundo. En relación con el ámbito privado, debe recordarse no solamente su colaboración con la serie de diccionarios *Duden* del *Bibliographisches Institut* de Alemania, sino también la creación y dirección de un Centro de Lexicografía en la ciudad de Málaga que nutrió de materiales a los diccionarios del grupo Anaya (Bibliograf-Vox) publicados durante los años ochenta y noventa.

Las obras de Manuel Alvar Ezquerra son tan conocidas que resulta innecesario reiterar aquí el catálogo. Ya he hecho referencia a algunos de sus diccionarios, aunque es justo precisar que el tesoro lexicográfico histórico, en once gruesos volúmenes que hacían realidad completa el viejo proyecto de Samuel Gili Gaya, lo codirigió con Lidio Nieto. En cuanto al resto de su producción científica, encontramos en ella el mejor reflejo de sus muchos intereses: el interés por la innovación técnica y metodológica, en su *Proyecto de lexicografía española* y en *Estudios para un corpus del español* (con Juan A. Villena, 1994); el interés por la historia de la lengua, tanto en España como en América, en *Conquista, emigración, repoblación y habla* (1994), en *La realidad americana y sus cronistas* (1994), en *Vocabulario de indigenismos en las crónicas de Indias* (1997) o en *Lo que callan las palabras* (2014); el interés por la norma, en *Manual de ortografía de la lengua española* (con Medina Guerra, 1995) o en *Manual de redacción y estilo* (1999); el interés por la enseñanza, en *La enseñanza del léxico y el uso del diccionario* (2003) y por la descripción lingüística, en *La formación de palabras en español* (1994) o en *De una a cuatro lenguas* (con Schmidely, 2001). Y estas son referencias a sus libros, no a sus decenas de artículos y capítulos, que multiplican el alcance de sus logros, también en temas literarios.

El vasto campo de la lexicografía es, sin embargo, el que vertebría más sólidamente la enorme contribución de Alvar Ezquerra a la lingüística hispánica y el que revela hasta qué punto su ‘alma’ habitaba el mundo los diccionarios. Trabajó y desarrolló la lexicografía informática, enriqueció la lexicografía dialectal, impulsó la lexicografía teórica y descriptiva y es, hoy por hoy, el más importante historiador de la lexicografía hispánica, monolingüe y bilingüe. Este último aspecto se aprecia, no solamente en los trabajos derivados directamente del monumental *Nuevo tesoro lexicográfico*, sino en sus estudios sobre figuras como Nebrija, Gutiérrez Cerezo, Covarrubias, Marcuello, Oudin, Percyvall, Franciosini, Terreros, Viera y Clavijo...; sobre la lexicografía del siglo XIX, re-

descubierta por él, sobre los diccionarios académicos o sobre las nomenclaturas. Su libro *De antiguos y nuevos diccionarios* (2002) es una obra esencial para la historia de la lexicografía europea, pero está destinada a quedar como mero antípalo de una colossal *Historia de la lexicografía española* que dejó abierta sobre su escritorio y en proceso final de revisión en el momento de su muerte.

Y a todo ello hay que sumar su afición al coleccionismo, enfocada, como no podía ser de otra manera, hacia los diccionarios. De hecho, cabría pensar que uno de sus logros más recientes, la creación y dirección de la *Biblioteca Virtual de Filología Española*, no es más que una proyección de su vena coleccionista de obras antiguas, aunque esta vez puesta al servicio de la comunidad investigadora internacional. Esta biblioteca digital, con 12000 registros, ofrece enlaces a más 5300 diccionarios y obras lexicográficas.

Todo lo aquí detallado expresa la fuerte impronta investigadora de Alvar Ezquerro, el mayor de los que tales apellidos comparten. Fue asimismo cofundador de la revista *Voz y Letra* y director de *Lingüística Española Actual*, además de colaborador y asesor de numerosas revistas. En el capítulo de los honores, a menudo tan fortuitos, recordemos que fue miembro correspondiente de la Real Academia Española (1987) y de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo (1991), así como socio de honor de la Asociación Española de Estudios Lexicográficos (2018). En el capítulo de los méritos, a menudo tan palmarios, es un hecho que la clasificación de investigadores españoles derivada de *Google Académico* presenta a Manuel Alvar Ezquerro como el primero de los lingüistas españoles en 2020.

Pero, tan significativo como su perfil investigador, fue su perfil humano, que revelaba una personalidad inquieta, comprometida y abierta, probablemente marcada por algunos hechos tan ciertos como difíciles de desentrañar. Uno de ellos pudo ser el ‘ascendiente’ de su padre, Manuel Alvar López. Para un lingüista no puede ser indiferente haber conocido durante su infancia el ir y venir de un dialectólogo infatigable, ni haber participado como veinteañero en el *Corpus Toponymicum Canariense* o en las encuestas del *Atlas Lingüístico de España y Portugal*. La sombra de su padre siempre fue alargada, como revela la confusión constante de nombres y referencias bibliográficas, incluso en las fuentes de mayor fiabilidad. Con todo, las conferencias y escritos que Alvar Ezquerro dedicó a la figura paterna, tras su desaparición en 2001, destilaron, en igual medida, admiración profesional, respeto humano y filial cariño.

En el capítulo de la personalidad, finalmente, no pueden obviarse dos hechos significativos. El primero fue su sentimiento de cercanía a algunos paisajes a los que dedicó tiempo, atención y afecto: Canarias, la América toda, Andalucía y sobre todo Málaga, donde falleció durante la cuarentena provocada por la pandemia coronavírica, aunque no a consecuencia de ella. El segundo es la cercanía a sus estudiantes, a sus amigos, que tanto saben de su humildad, afabilidad, sentido del humor y, sí, de su aire nervioso ante lo que pudiera salir mal. El tributo que se le rindió en 2018 con motivo de su jubilación, así como

la publicación que lo homenajeaba (*Lo que hablan las palabras*, 2019), explícitan elocuentemente la intensidad de sus lazos personales.

Tal era Manuel Alvar Ezquerra, un hombre cuyos talentos, cualidades y virtudes fueron tan extraordinarios que, cuanto más se considere su carácter, más apreciado será en la época actual y en la posteridad, con admiración y reverencia.

Hago mías y adapto las palabras finales del texto de Lowell sobre Samuel Johnson. Los trabajos y los días de los buenos lexicógrafos merecen un elogio a la altura de sus desvelos.